

APELLIDO: Cuevas

NOMBRE: Julieta Vanina

CATEGORÍA: Estudiantes y graduadxs recientes del nivel superior de educación.

PERTENENCIA: Universidad Nacional de Rosario (UNR)

:

Donde pega el viento norte

Hay lugares donde la memoria parece estar asegurada. Museos, archivos, edificios emblemáticos, nombres que aparecen en los libros de historia, en los actos oficiales, en los noticieros.

Y hay otros lugares donde la memoria resiste casi sola.

La memoria también habita allí donde crece el yuyo, donde el monte avanza sobre los caminos y donde el viento norte levanta tierra caliente y parece arrasar todo a su paso.

Pienso en eso cada vez que recuerdo dos sitios de memoria del nordeste argentino que marcaron mi vida de maneras distintas: el Regimiento de Infantería de Monte 29: “Coronel Ignacio José Warnes”, en Formosa, mi ciudad natal, y el Monumento a la Masacre de Margarita Belén, al costado de la Ruta Nacional 11, en Chaco.

Mi primer vínculo con el Regimiento de Monte 29 no tuvo nada que ver con la historia ni con la política. Fue, simplemente, un lugar de mi infancia.

Como muchos chicos y chicas que practicábamos deportes en Formosa, participé en carreras de running que tenían allí su punto de partida o de llegada. Recuerdo el movimiento de la gente, el sonido de los altoparlantes, los uniformes, los espacios abiertos y el calor. Sobre todo el calor. Ese viento norte que no refresca, que llega cargado de tierra y se mete en los ojos, en la ropa y en los recuerdos.

Por entonces era un lugar más del entorno cotidiano.

Años después volví siendo otra persona.

El 13 de agosto de 2015 regresé al Regimiento de Monte 29 por una razón muy distinta. Para entonces cursaba mis estudios universitarios en Rosario, Santa Fe. Había dejado Formosa algunos años antes y me encontraba visitando a mi familia cuando recibí una invitación por parte de amigos de la militancia para asistir a la señalización del predio como Sitio de Memoria.

Recuerdo caminar nuevamente por esos mismos lugares y sentir que estaba viendo algo que siempre había estado allí, aunque durante mucho tiempo no hubiera sabido cómo nombrarlo.

Aquel acto no fue solamente una ceremonia. Fue una forma de intervenir el espacio público y de disputar sentidos sobre la historia. No cualquier historia: la de nuestra región, incorporada por fin a una memoria de alcance nacional.

Lo que más me impactó fue la sencillez y, al mismo tiempo, la enorme fuerza de la señalética instalada. Un cartel. Apenas unas palabras. Sin embargo, suficientes para transformar para siempre la mirada sobre ese lugar:

“Aquí se cometieron crímenes de lesa humanidad durante el terrorismo de Estado”.

Todavía hoy puedo recordar la impresión que me produjo esa frase.

Porque las políticas de memoria, verdad y justicia lograron algo extraordinario: inscribir en el paisaje marcas capaces de interpelar a cualquiera que pase por allí. Nombrar lo ocurrido. Señalarlo. Hacer imposible la indiferencia.

Donde antes yo veía solamente un predio militar, ahora también veía una advertencia para el presente y una responsabilidad para el futuro.

Pensaba entonces que, en un rincón del nordeste argentino muchas veces ausente de los relatos nacionales, se estaba construyendo memoria colectiva. Allí donde cientos de soldados continúan formándose. Allí donde crece el yuyo. Allí donde pega fuerte el viento norte. Allí también permanecen las historias de quienes fueron perseguidos, detenidos y desaparecidos por el terrorismo de Estado.

Con el Monumento a la Masacre de Margarita Belén mi relación es diferente.

No recuerdo una única visita. Recuerdo el paso.

Desde hace años vivo en Rosario y cada diciembre emprendo el viaje hacia Formosa para pasar las fiestas con mi familia. La Ruta Nacional 11 forma parte de ese regreso. Es el camino que me devuelve a mi lugar de origen.

Hay un momento del trayecto que siempre espero.

Entre el monte, las palmeras y el movimiento constante de los vehículos aparece el monumento.

Lo veo apenas unos segundos desde la ventanilla. Sin embargo, cada año produce el mismo efecto.

Mientras los colectivos que unen Formosa y Chaco con el centro del país siguen su recorrido y los autos pasan a toda velocidad, el memorial permanece allí, expuesto al sol abrasador del verano, a las lluvias, al viento y al paso del tiempo.

Y junto al monumento vuelve a aparecer esa misma frase que encontré años atrás en el Regimiento de Monte 29:

“Aquí se cometieron crímenes de lesa humanidad durante el terrorismo de Estado”.

Pienso entonces en la potencia de esas palabras. En cómo una señal puede transformar un espacio cualquiera en un lugar de memoria. En cómo un cartel al borde de una ruta puede

obligarnos a mirar aquello que muchas veces preferimos no ver. En cómo esos sitios recuerdan que el terrorismo de Estado no fue una experiencia lejana ni concentrada únicamente en las grandes ciudades, sino un plan sistemático que atravesó todo el país, incluidas las provincias del nordeste argentino.

El monumento se impone sobre el horizonte del monte y las palmeras. Parece pequeño frente a la inmensidad del terreno casi baldío, pero su presencia modifica todo lo que lo rodea.

Cada vez que transito por allí siento que está cumpliendo exactamente la función para la que fue creado: recordar, aunque sea por un instante.

Recordar a las víctimas de la Masacre de Margarita Belén. Recordar que detrás de la aparente tranquilidad de esos caminos hubo violencia, persecución y muerte perpetradas por el Estado. Recordar que la democracia se construye también a partir de estas memorias incómodas y de las miles de personas que aún nos faltan, que soñaban y luchaban por una patria más justa.

Por eso creo que los sitios de memoria son importantes.

Porque conservan historias, pero también producen preguntas.

Porque no hablan únicamente del pasado, sino también del presente que habitamos y del futuro que queremos construir.

Y porque nos enseñan que las huellas del terrorismo de Estado no permanecen solamente en los grandes centros urbanos ni en los lugares más conocidos. También viven en los márgenes, en las rutas largas, en los pueblos atravesados por el calor y la distancia, en esos rincones donde la ruta emerge como una cicatriz sobre el paisaje y donde también fueron truncadas innumerables trayectorias vitales..

Con el tiempo comprendí que ambos sitios habían quedado unidos también en mi propia historia. Uno forma parte de los recuerdos de mi infancia en Formosa. El otro aparece cada diciembre en el camino que me devuelve a casa desde Rosario. Entre ambos se extiende la misma ruta, la misma postal y una misma decisión de no olvidar.

Pero mientras haya alguien dispuesto a detenerse, a mirar y a escuchar, ni siquiera el viento norte podrá borrar estas historias.

Soplará sobre los pastizales de Formosa, cruzará las palmeras de Margarita Belén y seguirá cubriendo de polvo los caminos.

Sin embargo, habrá algo que no podrá llevarse.

Porque allí donde crece el yuyo y parece imponerse el olvido, también persiste la memoria.

Post Scriptum: Imágenes que permanecen

En esta carilla final comparto dos fotografías tomadas el 13 de agosto de 2015, una con el cartel ya descubierto en Regimiento de Monte 29, Formosa y la otra junto a Judith Said, militante política y quien representara en ese entonces a la Red Federal de Sitios de Memoria. En aquel momento, yo era una estudiante de Comunicación Social que recién comenzaba a descubrir herramientas para pensar la relación entre memoria, política y construcción de sentidos, a construir su propia mirada sobre el mundo. Tales experiencias - Monte 29 y los viajes por ruta 11- dejarían una huella profunda en mí. Estos hechos serían una puerta de entrada para aquellas preguntas que acompañaron y acompañan mi recorrido académico, mis inquietudes de investigación y también mi compromiso militante.

